

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

81

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Juan Crisóstomo

HOMILÍAS A LOS
HECHOS DE LOS APÓSTOLES/2
(Homilías XXXI-LV)

Introducción, traducción y notas de
Marcelo Merino Rodríguez

© Marcelo Merino Rodríguez

© 2010, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN (este tomo): 978-84-9715-203-7

ISBN (obra completa): 978-84-9715-198-6

Depósito Legal:

Impreso en España

Preimpresión: MCF Textos. Madrid

Imprime: Estugraf Impresores. Ciempozuelos (Madrid)

INTRODUCCIÓN

En un primer tomo hemos publicado las treinta primeras Homilías a los Hechos de los Apóstoles predicadas por san Juan Crisóstomo en el año 400, siendo Arzobispo de Constantinopla. Y en las páginas dedicadas a la Introducción hemos indicado algunos aspectos concretos, tanto sobre el libro de los Hechos de los Apóstoles como de las mismas Homilías, que pensábamos podían ser de alguna utilidad para los lectores.

En este segundo remitimos a esas páginas para ver las características de la traducción que hemos realizado, el texto griego que hemos seguido y otras cuestiones. Aquí únicamente nos limitaremos a presentar una breve sinopsis de las veinticinco últimas homilías. De esta forma el lector tendrá traducidas las cincuenta y cinco homilías de que se compone el comentario completo realizado por san Juan Crisóstomo a los Hechos de los Apóstoles, que como decíamos entonces es el único en lengua griega que ha llegado hasta nosotros de todo el período cronológico de los Padres de la Iglesia.

Como hicimos anteriormente, presentamos sucintamente el contenido de estas últimas Homilías.

Homilía XXXI. Encontramos a Pablo y Bernabé en Lистра; después de realizar la curación de un hombre cojo, los habitantes de aquella ciudad del Asia Menor, pretendieron ofrecerles un sacrificio como hacían con sus dioses paganos aquellas gentes. La predicación del Crisóstomo comienza precisamente con la narración que hace Lucas de estos acontecimientos (Hch 14, 14-18).

Pablo y Bernabé intentan disuadir a aquellos ciudadanos de Listra, pero las circunstancias hacen que se presenten judíos venidos de Antioquía y de Iconio que consiguen seducir a la gente y desean lapidar a Pablo, quien consigue escapar (Hch 14, 19-20); y con redoblado coraje predica la doctrina en otras ciudades de la región hasta regresar de nuevo a Antioquía, inicio de su viaje (Hch 14, 21-28).

Estos relatos sirven al orador de Constantinopla para demostrar una vez más cómo las tribulaciones no buscadas entrañan en sí mismas grandes provechos personales: «La tribulación es realmente un gran bien, es propia de un ánimo grande y manifestación de nobleza»¹. De esta manera pone de relieve no sólo el coraje de Pablo en sus palabras, sino también su fortaleza, celo y fervor: «Este modo de actuar los enaltecía no menos que las señales externas, y producía un gozo mucho mayor»².

La parte práctica de la homilía sugiere distintos comportamientos: el del demonio que no descansa ni siquiera cuando nosotros dormimos; el de los cristianos que no luchan, sino que están despreocupados de todo, o mejor, que sólo les preocupa el comer bien y el arrojar contra los demás palabras más duras que las piedras; finalmente dibuja el retrato del buen cristiano: «Eliminemos de nuestra ciudad esas reuniones perversas, transformemos nuestra lengua; alejémonos de toda murmuración, para poder ser purificados de los pecados, recibir el conocimiento de lo alto y ser dignos de disfrutar del amor de Dios»³. Los reproches a los iracundos, proxenetas y afeminados son frecuentes en este momento.

Homilía XXXII. De nuevo en Antioquía, Pablo y Bernabé tienen otro conflicto con los cristianos que mantenían

1. *Hom.*, XXXI, 3, 1.

2. *Hom.*, XXXI, 1, 6.

3. *Hom.*, XXXI, 4, 9.

las costumbres de los judíos en dicha ciudad (Hch 15, 1-2), y decidieron que fueran a Jerusalén, para tratar de la cuestión con el resto de los apóstoles (Hch 15, 3-5). Pablo y Bernabé son recibidos en Jerusalén por el resto de los apóstoles, y ante los imperativos de algunos cristianos provenientes de la secta de los fariseos, el apóstol Pedro se siente en la obligación de hablar a todos (Hch 15, 6- 12).

El Arzobispo de Constantinopla advierte a sus fieles que las contradicciones pueden ser de dos clases: externas e internas. Es lo que les sucedió a Pablo y Bernabé. El predicador resume las externas con alusiones continuas a los paganos; y menciona las internas con estas palabras: «Era mucha la obstinación de los fariseos, que incluso después de la fe, seguían observando la Ley y no confiaban en los apóstoles»⁴.

A continuación el orador se detiene en elogios sobre el discurso de Pedro a todos los fieles reunidos en Jerusalén. La razón de las palabras de Pedro es de orden natural, pues es mejor prevenir que curar. Nuestro orador lo dice con toda naturalidad mediante un ejemplo sacado de la vida misma: «Tampoco los médicos hablan sólo a los enfermos, sino también a los que gozan de salud, y sus libros hablan de dos asuntos: cómo curar a los enfermos de sus males y cómo conservar la salud. De esta manera, aunque estemos sanos, no es conveniente descuidarse; al contrario, debemos hacer todo [lo posible] para conservar la salud»⁵.

El discurso de Pedro es necesario –dirá el Crisóstomo– por dos razones: para curar la enfermedad y mantener la salud. Y las consecuencias ascéticas vienen dadas: «¿Cómo puede una persona cortar una pasión mala? ¿Cómo puede combatir una fiebre violenta? Veamos de dónde procede, y eliminemos la causa. ¿De dónde suele venir? De la pedan-

4. *Hom.*, XXXII, 2, 4.

5. *Hom.*, XXXII, 2, 9.

tería y de una gran falta de sentido. Eliminemos la causa, y la enfermedad también desaparecerá». La enfermedad del cristiano es el orgullo, que debe curarse mediante la virtud, accesible a todos.

Homilía XXXIII. Después de la intervención de Pedro, toma la palabra el apóstol Santiago (Hch 15, 13-21) y tiene lugar la primera resolución de un concilio en la Iglesia, con el visto bueno de todos los presentes; formalizan el decreto correspondiente y se lo envían a los cristianos residentes en Antioquía por manos de Pablo, Bernabé y otros destacados miembros de la Iglesia en Jerusalén (Hch 15, 22-34).

El Crisóstomo comienza su predicación señalando cómo Santiago era entonces el obispo de Jerusalén, «por eso habla el último». En cambio, la identidad de Simón no le preocupa en demasía; lo que le preocupa es lo que dice, no quién lo dice. Así contrasta la importancia de la autoridad y el valor de las palabras. La conclusión que saca el predicador va dirigida a todos los que detectan alguna clase de autoridad: «Al comienzo Pedro habló con más energía, Santiago, en cambio, con mayor moderación. Así conviene siempre a quien posee mucha autoridad: delegar en otros lo molesto, y él mismo hablar de los asuntos más llevaderos»⁶. La conclusión del debate fue positiva, advierte el orador, porque la verdadera doctrina salió reforzada.

El Arzobispo de Constantinopla afirma que los fieles no tienen que extrañarse de que existan las herejías, pues ya desde un primer momento de la historia de la Iglesia hubo disensiones. Lo bueno –concluye– no sucede sin la trama de algún mal. La exhortación del orador es atrevida: «Al

6. *Hom.*, XXXIII, 2, 2. Cf. S. ZINCONI, «La figura di Pietro in Giovanni Crisostomo», en L. Padovese (a cura di), *Atti del VI Sim-*

posio di Tarso su S. Paolo Apostolo (Tarso, 27-30 giugno 1999) (Turchia: la Chiesa e la sua storia 14), Roma 2000, pp. 195-205.

que se encuentra en posesión de la verdad, cuando nadie quiere inducirlo al error, puede que no sea un amante decidido de la verdad; en cambio, el que se adhiere, a pesar de la oposición de muchos, ése es bien considerado»⁷.

Las últimas advertencias de la predicación constituyen un incentivo para los paganos que no deseen permanecer en el indiferentismo religioso. Una vez más la vida sirve de paradigma al orador: «En efecto, de igual manera que cuando alguien sigue una medida, conforme a la cual es preciso disponerlo todo, no hace falta mucha especulación, sino que resulta fácil corregir a quien mide mal, así también en nuestro caso»⁸. Es decir, la puesta en práctica de las verdades que desea creer le ayudará en la correcta elección.

Homilía XXXIV. Con motivo del decreto emanado del concilio de Jerusalén, el Crisóstomo comienza esta homilía ensalzando de nuevo las virtudes de Pedro y Pablo. Después de una breve estancia en Antioquía, Pablo insinúa a Bernabé la posibilidad de visitar a las comunidades cristianas en las que anteriormente habían predicado el Evangelio. De esta manera comienza Pablo su segundo viaje apostólico, no sin antes tener una breve discusión sobre quién les acompañaría (Hch 15, 35-41). El desacuerdo hizo que Pablo y Bernabé se separaran y recorrieran cada uno caminos diferentes y con distinta compañía. Pablo se hace acompañar de Timoteo y visita de nuevo las iglesias de Asia y pasan por primera vez a Europa (Hch 16, 12).

La discusión entre Pablo y Bernabé da pie al Crisóstomo para enseñar los distintos modos de pensar y las conductas diversas no sólo entre los primeros cristianos sino también entre distintos personajes del Antiguo Testamento y llama la atención de su auditorio mostrando la extrañeza

7. *Hom.*, XXXIII, 3, 7.

8. *Hom.*, XXXIII, 4, 7.

de por qué Lucas no silenció la controversia de los dos apóstoles; la razón, según el orador, fue porque era auténticos hombres, no seres «de madera o de piedra... Lo que hay que tener en cuenta no es que discreparan en las opiniones, sino que se respetaban mutuamente. De esta manera la separación produjo un bien mayor, y de ahí que su acción constituyera una predicción»⁹.

También la circuncisión de Timoteo, por parte de Pablo, sirve al Arzobispo para sacar lecciones de conducta para sus fieles: «Mira la buena acción: le circuncida para eliminar la circuncisión, ya que predica la doctrina de los apóstoles. ¿Te das cuenta de la lucha y, gracias a ella, la edificación [de la Iglesia]? Sin polemizar con los otros, sino haciendo también ellos mismos lo contrario, así edificaban la Iglesia»¹⁰. La conclusión del comentarista es clara: «La concordia puede conseguir muchas cosas, y muchas la caridad; si ruegas para conseguir algo grande, aunque seas indigno, serás escuchado gracias a la recta intención, ¡no temas!»¹¹.

La predicación termina exhortando a buscar lo más importante y a cuidarlo con todos los medios a nuestro alcance: la vida del alma. Concluye el orador con ejemplos de la vida que observa entre sus fieles: «¡Cuántos se preocupan por los perros, para que no coman más de lo debido, para que sean veloces y adiestrados para la caza, debido a su hambre y a la necesidad de comer! Y, sin embargo, no tienen ningún cuidado de sí mismos, ni se imponen reglas para evitar comer alimentos exquisitos; quieren enseñar a filosofar a los animales, pero ellos mismos aceptan rebajarse a la condición de los animales. ¡Se trata de algo inexplicable!»¹².

9. *Hom.*, XXXIV, 1, 4-5.

10. *Hom.*, XXXIV, 3, 4.

11. *Hom.*, XXXIV, 4, 3.

12. *Hom.*, XXXIV, 5, 4.

Homilía XXXV. La estancia de Pablo en Macedonia constituye en este momento el objeto de predicación del Arzobispo de Constantinopla. La estancia duró varios días, y Pablo tuvo tiempo de convertir a una mujer, Lidia, y de curar a otra mujer endemoniada (Hch 16, 13-24), pero este último suceso exasperó de nuevo a los dueños de la endemoniada que veían desaparecer sus ganancias a cuenta de ella; de nuevo Pablo es azotado y metido en la cárcel.

Sobre la mujer convertida el Crisóstomo a la vez se pregunta y responde de forma retórica, para lección de su auditorio: «¿Por qué los que acompañaban a Pablo no querían [quedarse], sino que se oponían hasta que ella tuvo que forzarlos? Porque ellos querían animarla a tener un fervor mayor»¹³. Concluye el orador que así debe ser toda conversión auténtica.

Respecto a la segunda historia narrada por Lucas, nuestro predicador se detiene en comentar los detalles que el historiador sagrado detalla y saca las conclusiones pertinentes: Pablo y Timoteo padecieron mucho y lo soportaron, nosotros vivimos en medio de banquetes y frecuentamos los teatros. Así habla el orador: «El ocio es algo muy dañino; y en la afición misma a los banquetes no hay nada tan inútil como la gula, porque produce hastío... ¿Qué caballo resulta más útil: el que [sólo] se alimenta o el adiestrado? ¿Qué barco es mejor: el que navega, o el que permanece varado? ¿Qué agua es mejor: la que corre o la embalsada? ¿Qué instrumento de hierro es mejor: el que se utiliza o el abandonado?»¹⁴. Las interpelaciones del orador con directas.

La última parte de la homilía vuelve a exponer la maldad que supone la ociosidad y la vida regalada, el excesivo descanso y la ausencia de trabajo. «Dios hizo al ser vivo para hacer algo, y lo que corresponde a su naturaleza es el

13. *Hom.*, XXXV, 1, 3.

14. *Hom.*, XXXV, 2, 5-6.

trabajo; en cambio, va contra su naturaleza la inactividad»¹⁵, concluye nuestro predicador.

Homilía XXXVI. El bautismo del carcelero (Hch 16, 25-34) y la liberación de Pablo y Silas (Hch 16, 35-40) constituyen los dos temas de predicación del Crisóstomo. El asombro del carcelero por la humildad y, a la vez, valentía de Pablo, pues habiendo podido huir no lo hicieron, le movieron a la conversión a él y a toda su familia. Los pormenores narrados por Lucas también son objeto de la atención de predicador, que le sirven de fuente para sus exhortaciones espirituales. «Comparemos aquella noche con nuestras noches, que están llenas de comodidades, borracheras e impurezas; donde el sueño no se diferencia de la muerte y donde las vigias son más pesadas que el sueño»¹⁶.

También la profesión misma del carcelero sirve a nuestro orador para extraer las lecciones pertinentes de comportamiento cristiano. Ante las posibles objeciones que se pueden poner respecto a que los cristianos predicán a gente sencilla y sin conocimientos para convencerlos más fácilmente, el orador responde: «Era un hecho muy milagroso, especialmente porque lo aceptaban y creían mujeres y esclavos; y estos últimos demostraban con las obras que creían en unas verdades, que ni Platón ni ningún filósofo»¹⁷ habían conseguido jamás.

15. *Hom.*, XXXV, 3, 5. Cf. L. DALOZ, *Le travail selon saint Jean Chrysostome* (Théologie, pastorale et spiritualité, recherches et synthèses 4), Paris 1959; O. PASQUATO, «Vita spirituale e lavoro in Giovanni Crisostomo: 'modelli' di un rapporto», en S. FELICI (ed.), *Spiritualità del lavoro nella catechesi dei Padri del III-IV secolo*, LAS, Roma 1986, pp. 105-139.

16. *Hom.*, XXXVI, 1, 7. Cf. F.-X. DRUET, *Langage, images et visages de la mort chez Jean Chrysostome* (Collection d'études classiques 3), Société des études classiques/Presses universitaires, Namur 1990.

17. *Hom.*, XXXVI, 2, 7. Cf. S. BEZDEKI, «Johannes Chrysostomus et Plato», *Ephemeridis Dacoromana* 1 (1923) 291-337.

La oración es la que abre las puertas del cielo, porque es la que redime los pecados, concluye la homilía. El orador repite la misma advertencia ya pronunciada en otra ocasión: «Pasemos la noche en vela. Y, si no puedes pronunciar muchas plegarias, basta que digas una bien despierto, y es suficiente; no pido más. Si no logras hacerlo a medianoche, que sea por lo menos en la madrugada. Demuestra que la noche no sólo afecta al cuerpo, sino también al alma: no dejes que la noche pase sin fruto, sino dedícala al Todopoderoso; así la noche volverá a ti trayéndote frutos»¹⁸. El orador termina explicando la naturaleza de la auténtica oración.

Homilía XXXVII. Pablo sale de Filipos y se dirige a Tesalónica, donde vuelve a haber dificultades con los judíos de la ciudad (Hch 17, 1-8). Acompañado de Silas, el Apóstol se ve obligado también a marchar de Tesalónica e ir a Berea, donde son muy bien acogidos (Hch 17, 9-16). Nuestro predicador no deja pasar su advertencia apostólica: «Fueron de nuevo a algunas pequeñas ciudades, y, luego, se dirigieron a las más grandes, porque la Palabra había de extenderse, como mana el agua de una fuente, para alcanzar a la muchedumbre»¹⁹, a la vez que indica lo absurdo de la acusación que hacen a Pablo y Silas: ir contra el culto al emperador.

Estos motivos son los que impelen al orador a detenerse en explicar la importancia de la concordia. Así ante la hipotética pregunta de su auditorio: ¿Por qué siempre iba Pablo a la sinagoga de la ciudad, si los judíos no le querían bien?, el Crisóstomo responde con sencillez: porque convenía a los griegos por medio de los judíos, y a éstos les hablaba de los griegos; era lo mejor para llevarlos a todos a la fe. Este es también momento de enterrar las envidias de

18. *Hom.*, XXXVI, 3, 3.

19. *Hom.*, XXXVII, 1, 1.

unos con otros. Al respecto, el orador expone una feliz comparación: «No se portaban como nosotros ahora: nos dividimos en grandes y pequeños, algunos se ufanan y otros son envidiosos; así, algunos tienen envidia, porque nos enorgullecemos y no aceptamos llevar la misma vida que ellos. Por eso, siempre que no hay hinchazón, existe armonía en el cuerpo; y no hay hinchazón porque los miembros tienen necesidad los unos de los otros; también la cabeza necesita de los pies, y los pies de la cabeza»²⁰.

La homilía termina con una hermosa alegoría en la que se compara el alma a una ciudad bien gobernada en la que no debe entrar nada extraño. Así concluye el orador: «En efecto, tenemos una ciudad y una ciudadanía, y hay ciudadanos y extranjeros: alejemos a los extranjeros, de modo que los de nuestra casa no sean corrompidos. Ninguna doctrina extraña o bastarda debe entrar, ningún pensamiento carnal»²¹.

Homilía XXXVIII. El historiador Lucas presenta a Pablo en la ciudad de Atenas, donde Pablo pronuncia un importante discurso que no causa malestar a los judíos, pero causa una especie de broma entre los paganos (Hch 17, 16-31). El Crisóstomo se fija en la falta de entendimiento y comprensión de los filósofos atenienses ante el Dios predicado por Pablo, pues unos concebían a Dios como un cuerpo y otros pensaban que la máxima felicidad residía en el placer. También explica a sus fieles por qué existía un altar dedicado al Dios desconocido; por el temor de que existiera otro dios para ellos desconocido.

La idolatría es combatida por Pablo con argumentos filosóficos, porque son los únicos que aquellos atenienses entendían. Lección importante para los cristianos, dirá el pre-

20. *Hom.*, XXXVII, 3, 1.

21. *Hom.*, XXXVII, 3, 7.

dicador de Constantinopla: «Lo mismo que no es posible ignorar que el aire se difunde por todas partes, y no está lejos de cada uno de nosotros, sino que incluso está en nosotros, así también el Creador de todas las cosas»²². En efecto, la presencia de Dios lo invade todo y se le puede encontrar en cualquier sitio; también el hombre, aunque no puede abarcar a Dios en su plenitud, puede con su entendimiento y arte encontrarse con Dios.

Aprovechando las palabras de Pablo en el Areópago, el Crisóstomo hace las convenientes derivaciones; por ejemplo: «Si Cristo no hubiera resucitado, no seríamos juzgados; pero, si resucitó, es cierto que seremos juzgados»²³. Y el desprecio que sufrió Pablo en aquel lugar sirve al orador constantinopolitano para exhortar a su auditorio que no traten a Cristo con desprecio, sino con amor y agradecimiento. En este momento narra dos historias sucedidas cuando era joven: un muchacho enfermo, desahuciado por los médicos, recobró la salud gracias a la intervención de Dios; y cómo Dios le libró a él en persona y a un amigo suyo de caer en prisión por otra intervención divina. Todo ello lo narra el orador para exhortar a la amistad con Dios.

Homilía XXXIX. La respuesta al discurso de Pablo por parte de los atenienses: *Te escucharemos sobre esto en otra ocasión*, motiva la salida de Atenas, aunque Pablo no corría ningún peligro en aquella ciudad, y se traslada a Corinto, a casa de un matrimonio cristiano, Aquila y Priscila (Hch 18, 1-4). Pablo desempeña el oficio de fabricante de tiendas. Allí predica a judíos y gentiles durante año y medio (Hch 18, 5-11). Los judíos se amotinan una vez más y presentan a Pablo ante el procónsul Galión (Hch 18, 12-17), quien no ve motivo alguno para condenar a Pablo.

22. *Hom.*, XXXVIII, 3, 4.

23. *Hom.*, XXXVIII, 4, 2.